Las bases para una historia

Una historia todavía verde. El periodismo ambiental en Colombia
MARYLUZ VALLEJO MEJÍA
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2021, 358 pp.

EN UN momento en que la crisis ecológica está cada día más presente en la cotidianidad noticiosa, es de gran valía encontrar una obra que reconstruya la historia del periodismo ambiental en el país.

La razón para ello es conocer cómo –en medio de diferentes coyunturas políticas y sociales– la prensa ha informado sobre la megadiversa naturaleza colombiana y, a la vez, la trágica trasescena del desgaste de los ecosistemas.

El libro escudriña –con precisión y amplitud– los orígenes, la evolución y el afianzamiento del complejo oficio de informar desde la línea verde. Un asunto hasta entonces no documentado, porque ha sido más importante conocer la realidad nacional que saber de los pocos reporteros que se han "jugado la vida" por estos asuntos.

En tal sentido y para lograr su cometido, la autora entra a una especie de túnel del tiempo aferrada a una reportería más inquisitiva que de costumbre. Indaga en las publicaciones de 1810 para compilar los referentes de la escritura científica, que en la época se compaginaban más con la literatura y la política que con la labor informativa.

Luego reseña los impresos ambientales del siglo XX, las verdades a medias en el discurso ambiental, y sale de allí a una actualidad tecnológica que abruma por el exceso informativo. En ese viaje de claroscuros, explica que aun después de su publicación la historia no se cierra, sigue en construcción, es todavía verde. Una explicación acorde con el acontecer mundial y nacional, pues hoy el periodismo no tiene límite para cubrir problemáticas como la pérdida de biodiversidad, la crisis climática y los abundantes conflictos socioambientales. También, y por qué no, el hallazgo de resultados de la investigación científica, de proyectos comunitarios esperanzadores y de una que otra solución efectiva del gobierno hacia las regiones.

Con lo anterior puedo especificar que los albores informativos sobre ecología en Colombia estuvieron ligados a los orígenes científicos, cuando este territorio era un virreinato. Los escritores, a su vez miembros de la Real Expedición Botánica, apenas emprendían el largo camino del conocimiento. Había descubiertas 30.000 nuevas especies de flora y fauna, y Francisco José de Caldas, fundador del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, se desempeñaba como pieza clave "en el despertar de la conciencia científica de la época" (p. 26).

Ya en la Nueva Granada, en 1850, la Comisión Corográfica buscaba inventariar las riquezas naturales de las provincias y develó numerosos autores como Manuel Ancízar, quien relataría en *El Neogranadino* las peripecias de los viajes de investigación. Le siguieron, en ese estilo, Salvador Camacho Roldán con sus *Notas de viaje*, Santiago Pérez Triana con el libro *De Bogotá al Atlántico*, y José Jerónimo Triana, quien publicó hacia 1854 los usos medicinales de las plantas, en especial de la coca.

Y llegaron más publicaciones sobre ciencia. La revista *Caldasia*, nacida en 1940 y aún vigente, órgano informativo del Instituto de Ciencias Naturales, propició la expresión de "naturalistas emergentes" durante el siglo XX, como José Cuatrecasas, Richard Evans Schultes, Armando Dugand. Eso en el mundo académico, porque en el periodístico de entonces, según describe la investigación, no era tan loable la labor de la prensa capitalina al carecer de sentido crítico frente al poder y sus proyectos hidroeléctricos, la cacería o el tráfico de fauna.

Sin embargo, hay una excepción: el pionero del periodismo ambiental Enrique Pérez Arbeláez, un paisa criado en Bogotá, explorador, estudioso y apasionado por la naturaleza. Un sacerdote jesuita que sostuvo durante treinta años su columna en *El Tiempo*, donde expuso las incongruencias que encontraba en los recorridos, cámara en mano, por sitios inimaginables de Colombia: selvas, llanos, montañas y costas adonde acudía con prestigiosos investigadores que les daban fuerza y credibilidad a sus escritos. Temas que, en un comienzo, los demás medios no se atrevían a plantear, cuestionar y menos publicar: deforestación, compraventa ilegal de fauna silvestre, afectaciones a parques nacionales, problemáticas del Amazonas, quemas, políticas ambientales y tantos más que, cada vez que salían impresos, abrían polémica. Con el tiempo, su constancia y compromiso le significaron el título de "guardián de la biodiversidad colombiana", porque además de su trabajo como columnista fue fundador del Jardín Botánico de Bogotá y una figura importante en la academia.

A partir de Pérez Arbeláez, surgió un puñado de periodistas que lo secundaron en *El Tiempo*. Era la década de los setenta y comenzó una carrera simultánea del periodismo investigativo y el ambiental. Tomó vuelo el movimiento ecologista mundial con una fuerte incidencia en Colombia y una gran fuente de saberes. Se hicieron notar ambientalistas como Julio Carrizosa Umaña, Alegría Fonseca y Margarita Marino, solo por mencionar algunos. Al tiempo, avanzó una corriente de investigadores que dejaron huella en el estudio de la biodiversidad, como Federico Medem, Jesús Idrobo, Ernesto Guhl o Jorge Ignacio "el Mono" Hernández, bancos de datos permanentes para la prensa.

Y aquí tienen luz propia dos abogados que se hicieron periodistas en la Unidad Investigativa de *El Tiempo*: Daniel Samper Pizano y Alberto Donadío, quienes aplicaron sus conocimientos jurídicos a la hora de denunciar y de sustentar los reportajes. La dupla, pionera en el periodismo de investigación, puso en jaque ambiciosos proyectos en zonas protegidas y se tornó en un contrapoder que desarrolló algo innovador y avanzado para la década: la instauración de demandas al Estado para conseguir el acceso a la información.

Germán Castro Caycedo es recordado como una luz en grandes denuncias ambientales y emprendedor de batallas que siguen vigentes, como la fumigación aérea con glifosato, el uso de pesticidas como el Agente Naranja o el Roundup (el mismo glifosato) en comunidades rurales. No se quedaron atrás Gerardo Reyes, Enrique Santos Calderón, Gloria Moreno de Castro, Fidel Cano, Alfredo Molano, la revista

Alternativa, *El Espectador* y *Semana*. Una generación que permaneció más allá de los noventa dejando una escuela que irradia hoy en diferentes medios.

El tercer capítulo se transforma en una explosión de casos publicados por la revista *Semana* entre 1982 y 2019, que revelan las distintas formas de intervención en los ecosistemas. Con el pasar de los años, esos casos emblemáticos, referentes a la explotación y manejo del Estado y el sector privado en áreas como Santurbán, Cajamarca, Urrá, La Macarena o el Parque Tayrona, son parte de la historia ambiental del país. Es ahí donde el libro se torna en un material imprescindible de consulta, no solo por su importancia desde el ámbito jurídico y social, sino porque tales casos aún hoy son noticia y en su mayoría no están resueltos.

Finalmente, en una especie de proeza emerge una recopilación de periodistas y diferentes procesos informativos ambientales, durante los últimos años, en las regiones colombianas. Algunos subsisten y otros han migrado a otras áreas de la información debido a la volatilidad de la fuente ambiental o a las políticas mediáticas. Con ellos las historias escuetas de cinco periodistas y comunicadores activos (de los que hago parte) y sus hazañas como reporteros. Es necesario conocer cómo se hace el trabajo ambiental desde las instituciones del Estado, y que también hay amenazas, peligros, presiones, éxitos. Relatos que ayudan a comprender cómo se forma un periodista ambiental, qué hay detrás de las historias que publica, cómo sus historias se interrelacionan con la política, la violencia y la ciencia.

Concluyo que al retratar los antecedentes y logros del periodismo ambiental, también se vislumbra la aterradora sombra de los delitos ambientales en territorios proclives al tráfico de fauna, los cultivos ilícitos, la contaminación, los impactos del narcotráfico, la deforestación, la apropiación de tierras y la incapacidad institucional para proteger una geografía diversa.

¿Queda algo por conocer en esta completa producción histórica? Como lo manifestó Alberto Donadío en el prólogo, tal vez saber más del padre Enrique Pérez Arbeláez, escribiendo su libro. Agregaría, también de los hallazgos periodísticos de Germán Castro Caycedo para que no queden en el olvido. Ojalá que Maryluz Vallejo, o algún periodista inspirado por su obra, se anime a retomarlos.

Olga Cecilia Guerrero R.